

las tropas inglesas y portuguesas en esta campaña. No obstante, siguió utilizándose en épocas posteriores como recinto o cuartel para las guarniciones de la plaza, por cuanto vemos que un informe de 1791 dice: «En el Cuartel (castillo) se halla oi el Regimiento de Cavallería de Farnesio y tres Banderas, con tres Sargentos, dos de Cavallería y vno de Infantería, ésta del Regim.^o ynmemorial del Rey, y las otras dos de Montesa y Lusitania.»

Actualmente—y entre otros fines—sirve aún de alojamiento al destacamento de Remonta del Ejército, que periódicamente se establece en la ciudad; albergando en su patio de armas, bastante alterado en su primitiva fisonomía, el mercado o plaza de abastos, y un edificio escolar, erigido, en tiempos de la Dictadura del General Primo de Rivera, sobre las derribadas edificaciones del ala Oeste del castillo; edificio que si de acierto tuvo su emplazamiento, en cuanto a condiciones higiénicas y pedagógicas (y no le hubieran faltado análogos emplazamientos), no fue menos deplorable, por el desastroso contraste de un choque estético y anacrónico tan estridente.

Estas consideraciones (y en contra de una mentalidad bastarda y ajena a los intereses de la Patria, en pro de la enajenación y derribo de estos monumentos, que tanto dicen de nuestra ejecutoria y grandeza) nos hacen pensar que el castillo de Jerez, aunque muy quebrantado, no lo es tanto como para que por su glorioso pasado no merezca emprenderse, con urgencia y sin dilaciones, su restauración y recuperación, haciéndolo apto para albergar—y éste es el espíritu del Decreto de nuestro Caudillo—un archivo y museo arqueológico, de lo que tan necesitado está Jerez, que ve desgraciadamente perderse, de un modo paulatino y sin remedio, el rico tesoro de su epigrafía, su heráldica y sus valiosos documentos.

Hoy, que se realizan ciertas obras de adaptación para ser utilizado por el Frente de Juventudes—cosa plausible—, tenemos que lamentar que éstas no se lleven a cabo en la medida necesaria y, sobre todo, con la experiencia de quienes, conocedores de su historia y con cierta dosis de gusto artístico, como también de veneración y cariño hacia estas piedras centenarias, sepan respetar, al menos, la adusta majestad y el señorial empaque de prócer fisonomía. Y así, una techumbre vulgar—por cierto, hasta incompleta—, en la más atrevida, osada y humillante irreverencia a la historia y al arte, va a sustituir la necesaria y adecuada corona de almenas de esta soberana silueta, que airosa se recorta sobre un paisaje como el de Jerez, estallante en mil matices indescifrables, sobre los que siempre pervive ese olor a historia, leyenda y poesía de la hazaña caballescaca o el hecho trascendente.